

Evangelio, evangelismo y cultura

Por Valentin González-Bohórquez

Introducción. Una nota personal

Mi relación con este tema ha estado a largo de toda mi vida cristiana. Recuerdo que recién entré en relación con el evangelio, en mis años adolescentes, los libros que más me interesaban eran los de Francis Schaeffer, porque era éste, en esos momentos, uno de los pensadores cristianos que se esforzaba por encontrar las pautas para un diálogo entre la fe cristiana y la cultura (*Muerte en la ciudad*, *Huyendo de la razón*, *Dios está presente y no está callado*, *La verdadera espiritualidad*, fueron algunos de esos textos). Pocos años después, el día que conocí a la que llegó a ser mi esposa, iba yo en un vuelo de la ciudad de México a San José, Costa Rica, leyendo el Informe *El evangelio y la cultura*, producido por el Comité de Lausana para la Evangelización Mundial. Por esos días entraba también en contacto con el trabajo del mexicano Gonzalo Báez Camargo (Pedro Gringoire) y del misionero presbiteriano escocés Juan A. Mackay quien trabajó en América Latina. Asimismo, a través de mi labor como periodista cultural, como poeta y narrador, el asunto de la relación que el evangelio tiene con la cultura ha sido quizá el de mayor permanencia. Siempre he creído que ahí tenemos un desafío sobre el que tenemos que estar en continua discusión y debate a fin de desarrollar distintos tipos de acercamiento si queremos ser efectivos a largo plazo en nuestra comunicación del evangelio. En esta presentación quisiera destacar brevemente algunas reflexiones sobre el evangelio y el evangelismo y su dinámica con la cultura (y las culturas) entre las cuales somos llamados a ejercer nuestra vocación.

El cristiano frente a la cultura

La Biblia está llena de metáforas que exhortan a los creyentes a tener un impacto en la sociedad en medio de la cual viven. Dos de las más citadas son palabras directas de la boca de Cristo: Vosotros sois la luz del mundo. Vosotros sois la sal de la tierra. Cuando Jesús vivió en carne y hueso en la tierra, mantuvo una constante tensión entre su manera de expresar su acuerdo con la cultura y la sociedad de su tiempo, a la vez que su rechazo a ciertas manifestaciones de dicha cultura. Creo que esa misma tensión es la que define el carácter y la misión temporal de la iglesia.

La palabra cultura cubre prácticamente cualquier manifestación de un grupo social humano: valores ético-morales, organización laboral, manifestaciones artísticas, educación, creencias religiosas, sistemas políticos y de gobierno y todos los etcéteras que componen la experiencia humana tanto personal, familiar como social y nacional. En ese contexto abarcador de la cultura es donde Jesucristo penetra con la intención de replantearlo, creo yo, a la luz de dos premisas fundamentales: una, los seres humanos, como criaturas de Dios, somos llamados a vivir en conexión con Él por medio de Cristo (como hijos, socios, discípulos, súbditos, siervos, amigos); dos, ese llamado implica un llamado eterno, que trasciende la temporalidad de nuestras vidas.

Jesús como modelo de aproximación cultural

Un punto de partida, pues, en la discusión sobre el lugar y la misión del cristiano en el mundo, es el acercamiento a la manera como Cristo vivió en tensión con la cultura de su tiempo. Desde una perspectiva positiva, uno puede ver en los evangelios que *Cristo amaba las manifestaciones de la cultura y que no solo las utilizó para instrumentalizar su mensaje sino también para disfrutarlas*. Jesús amaba el entorno en que se movía y fue por excelencia un

hombre inmerso en el bullicio de dicha sociedad. En cambio de tener una oficina o siquiera un lugar de reuniones, su actividad misionera fue realizada en las plazas, los caminos y las casas de la gente. En ese contacto asiduo, constante y agotador con individuos, familias y multitudes, se veía como alguien que pertenecía al pueblo, que comía lo que ellos comían, que tomaba lo que ellos tomaban, que utilizaba los dichos de la gente y apelaba a sus costumbres como una manera de identificarse con ellos.

Jesús no tenía temor de “contaminarse” por vivir entre la gente. No era un ermitaño, asceta o purista de la religión. Amaba la vida en esta tierra, y como tenía el poder para hacerlo, sanó a los enfermos, resucitó a los muertos y dio de comer a los hambrientos: quería que estuvieran un poco más de tiempo aquí. Sabía que esta vida no era el destino final de los seres humanos, pero sabía también que la vida en esta tierra es un componente de nuestro destino, no meramente un tránsito, sino parte vital del camino a recorrer. Y mientras se estaba aquí, había que disfrutar de esta vida, del arte, de la literatura, de la belleza de lo creado por Dios y de lo creado por el ser humano. Jesús transmitía el principio de que en él todo es sí y en él todo es amén, esto es, en la afirmación de la vida como algo que Dios hizo y que vio que era bueno.

A Jesús le interesaba cada manifestación de la cultura humana. Sobre la política dijo que había que pagar los impuestos (aún bajo tiempos de dominación imperial) y perdonó a los soldados romanos que lo crucificaron (algunos de los cuales terminaron siendo sus seguidores). En lo social, participó al menos en una boda (como fabricante del mejor vino), aceptó incontables invitaciones a comer y beber con toda clase de personas y familias, muchos de ellos no seguidores suyos; llamó a sus discípulos a ayudar a los pobres y a amar a los demás como se ama a Dios y a uno mismo. En lo artístico, usó las parábolas como un recurso de oralidad literaria, a la vez que destacó la belleza de los lirios, indicando que ningún traje de Salomón

podía igualarse a la estética de estas flores campestres, ejemplo éste que presupone un ejercicio de comparación interartística. (Me imagino cómo disfrutaría Jesús de ir hoy día a una exposición de Pollock, de Rothko o de Matisse, de Orozco o de Rivera, entre decenas de otros pintores, o de escultores y artistas). En *lo económico*, nos recuerda la importancia de seguir un orden y tener un plan financiero como parte de una sabia administración. Cada aspecto de la vida y de la cultura humana fue afirmado por Cristo, el creador de las artes y de las ciencias.

Pero sería una verdad a medias pensar que Jesús tenía una actitud complaciente y conformista con la cultura. En realidad, a la par de su gusto y disfrute de la vida, vivió en conflicto con muchas de las realidades políticas, sociales y culturales de su tiempo, igual que le ocurriría si estuviera hoy físicamente entre nosotros. Un vislumbre de la tensión de Cristo con lo político lo vemos en el relato de Lucas cuando unos fariseos le advierten que se vaya de Jerusalén porque Herodes lo quiere matar. Y la fuerte y valiente respuesta de Jesús que empieza por decir, “Vayan y díganle a esa zorra...”, mientras procede a contar todas las cosas buenas que hace y seguirá haciendo por la gente (13:31-35). Sin embargo, es en *el plano religioso* donde los evangelios nos presentan la mayor confrontación humana de Cristo. El Señor fustigó y acusó repetidas veces a los líderes religiosos de Israel por haber convertido la fe en un negocio de conveniencia personal, que les daba prestigio social y económico pero les hacía ineficaces para mostrar a la gente el camino hacia Dios. Más que en el imperio romano, los publicanos o los “pecadores” del pueblo, Jesús vio en los falsos religiosos el problema singular de Israel. No es extraño entonces que haya sido precisamente un grupo de líderes religiosos quienes al final instigaran al gobierno romano a ejecutar sumariamente a Cristo.

Un cambio de mentalidad. Entre dos culturas

El cristiano, aquel que acepta a Cristo como su reconciliador y salvador, como su Señor, va a experimentar y a vivir en una tensión semejante a la de Cristo en su paso por el mundo. El problema es que muchas veces, los cristianos, influenciados por las presiones eclesiásticas y las interpretaciones sobre lo que debemos ser y hacer en el mundo, terminan alienados de todo contacto con el mundo real y en consecuencia pierden también su oportunidad de ser testimonios de la fe. La conversión a Cristo no significa dejar de estar activos en el mundo; significa, en cambio, no ser parte del sistema de iniquidad que opera en el mundo, sino vivir en integridad, en amor, en servicio.

Jesús vino a reconciliar consigo mismo al mundo por medio de su muerte en la cruz y presentar a los creyentes ante el Padre. Esta misión es radical y única y afecta todas las esferas de la existencia humana. Y esa misión se cumple en la aceptación del ser humano a su mensaje y a su obra. Eso tiene el impacto más profundo imaginable en la vida personal del creyente y lo pone frente a una nueva cosmovisión, frente a una experiencia que transforma su manera de ver la vida y su finalidad. Pero es precisamente desde esa naturaleza renovada por el Espíritu Santo, donde el cristiano debe reconocer que tiene un lugar en el mundo, a la vez que es un peregrino en permanente movilidad hacia lo eterno. Y si la vida en este mundo no es apenas una excusa, un trance, casi un accidente antes de ir al cielo, sino por el contrario, es parte de la jornada vital en su conexión con lo eterno, entonces debe asumir su vida presente de la manera más creativa y productiva posible. Debe cumplir con excelencia y gozo su vocación, su llamado, su profesión, en el área donde Dios lo haya puesto. El creyente en Cristo debe entender que el reino de Dios, al cual ahora pertenece, es una cultura de principios, valores y objetivos eternos. De modo que el

creyente vive ahora dentro de los valores de la cultura del reino de Dios, pero está inserto como un embajador de Cristo, en la cultura y culturas de este mundo.

El entendimiento de su misión en esa cultura va mucho más allá de los límites que a veces le impone la tradición religiosa, y que reduce los dones a unas cuantas expresiones dentro de la vida de la iglesia y en la sociedad. Entender nuestra misión en medio de la cultura, presupone, como indica Josep Laporta, “un fuerte cambio de mentalidad para la iglesia local. Una transformación que, en sí, parece difícil, si seguimos pensando que la “iglesia” es un “lugar” donde solo se puede alabar y evangelizar con himnos, sermones y oraciones, sin que la redención actúe amplia y manifiestamente en los creyentes. Realmente es como si el efecto redentor solamente obrase en la oración, los cantos, la ofrenda y unos buenos mensajes, sin influenciar las demás manifestaciones: qué opinamos, cómo cantamos, qué denunciarnos, qué es lo que valoramos, cuál es nuestro comportamiento ante las injusticias, la pobreza, la marginación, y de qué manera reflejamos el carácter creativo de Dios, o sea, cuál es nuestro arte” (1991, 114-115).

El cristiano es puesto por Dios en un diálogo permanente y abierto con la sociedad y la cultura. Pero igual como hizo Cristo, éste diálogo no busca —no debe buscar— que el cristiano se parezca o sea complaciente con aspectos de esa sociedad y cultura que niegan la soberanía de Dios. No debe buscar transar ni llegar a un diálogo a medias que comprometa al creyente ni a la iglesia con sistemas políticos ni con corrientes sociales o culturales contrarias a las Escrituras. No debe, mucho menos, someterse a ningún gobierno humano, ni corriente social o cultural, por más complacientes y amistosos que parezcan, porque Cristo y su evangelio los trasciende a todos.

Maneras como nos relacionamos con la cultura

De una manera consciente o inconsciente, o porque lo heredamos a través de nuestras tradiciones denominacionales, todos los cristianos asumimos una posición frente a la cultura a nuestro alrededor (endoculturación). Quisiera mencionar tres actitudes que generalmente encontramos entre los cristianos en relación con la cultura.

1) Separación radical. Con ello, buscamos distanciarnos de la manera más profunda posible de todo contacto con la cultura que nos rodea (las artes –música, pintura, literatura, teatro, cine, tv, etc—, la política, las actividades sociales). Creemos que tener contacto con estas manifestaciones de la cultura y la sociedad es “seguir en el mundo”, contaminarnos. Sobre este alejamiento de la cultura, el teólogo católico brasileño Pablo Suess indica, “Si, llevados por el celo de la pureza del Evangelio, interpusiésemos distancia entre un «Evangelio puro» y la «condición histórica de los pueblos», entraríamos en conflicto con el mismo misterio de la encarnación. El Evangelio se convertiría en una pieza de museo: perfecta, admirable, pero que no serviría a la gente” (1995, 33). El problema está en que por distanciarnos perdemos contacto con la realidad en que vive la gran mayoría de la gente, que son a quienes queremos alcanzar. El problema es que, por el hecho de estar físicamente en el mundo, no podemos separarnos de modo radical de participar de una u otra forma de la vida de nuestra sociedad y cultura: compramos la ropa de las mismas tiendas que los demás, comemos lo que está disponible para todos, usamos los mismos servicios, tenemos opinión política y quizá estamos afiliados a un partido, votamos para elegir a los gobernantes, etc. La separación radical es, por supuesto, una ficción o un acto que solo podría concretarse si nos fuéramos a vivir en un mundo alejado de todos los demás, como fue el intento del movimiento monástico cristiano en la Edad Media. Por otra parte, el

cristiano eficaz es aquel que tiene el atrevimiento de mirar de frente a su mundo, explicárselo, participar en él y ser creativo en su manera de comunicar la buena noticia del evangelio.

2) Transculturación. Este es un vocablo acuñado por el antropólogo cubano Fernando Ortíz en su libro *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Es un proceso por el cual una cultura adquiere en forma creativa ciertos elementos de otra, a través de ciertos fenómenos de desculturación y otros de neoculturación. "... Es un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente... (es) una transición entre dos culturas, ambas activas, ambas contribuyentes con sendos aportes, y ambas cooperantes al advenimiento de una nueva realidad de civilización" (Malinowski).

Cuando dos culturas viven en contacto continuo inevitablemente se va a producir una influencia de cada una sobre la otra. Por lo general, la cultura dominante o de más presión va a terminar imponiéndose sobre la otra, produciendo fenómenos que van desde la pérdida de la identidad cultural de una de ella o problemas asociados como la resistencia y la aniquilación. Casi nunca una cultura pierde todas sus características, pero sí un abandono progresivo de prácticas y costumbres a favor de la cultura dominante. Aplicado a la cosmovisión cristiana refleja cómo la fe cristiana está impactando al mundo o viceversa. A lo largo de toda nuestra vida, vamos a estar en un conflicto de mayor o menor grado en la manera como asimilamos o rechazamos valores, costumbres y prácticas tanto de la cultura de nuestras iglesias como del mundo afuera de ellas en el que tenemos que vivir diariamente. El problema aquí es si por vivir muy conectados con la cultura no-cristiana terminamos comprometiendo o perdiendo nuestra identidad, o si por estar muy alejados de la cultura no-cristiana terminamos perdiendo el entendimiento del mundo en el que vivimos y la eficacia de nuestro testimonio.

3) El modelo encarnacional. Este modelo parte de la acción misma del Dios Creador quien en su acción redentora se hace hombre, tomando nuestra condición y manteniéndose en ella a lo largo de su vida. Gálatas 4:4 nos recuerda que cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley”. Este texto enfatiza el hecho de que Dios incursiona en la historia humana y que lo hace a través de su propia encarnación. Pero esa encarnación no se limitó meramente al aspecto físico sino también al cultural. Cristo nace en el contexto de la cultura y la religión judías y como tal vivió hasta el final de sus días.

El aspecto práctico que nos enseña la encarnación de Cristo para el cumplimiento de nuestra misión cristiana en la tierra es que aunque Él vino desde arriba tomó la condición más humilde y se hizo uno con los pobres y desposeídos. Muchas veces el modelo que hemos visto —y que el mundo ha visto— de la iglesia, es el de una organización poderosa, jerárquica y con recursos que ministra desde arriba hacia abajo. El modelo de Cristo fue el de ministrar desde abajo, esto es, de una identificación plena y encarnacional con la situación del ser humano. Gran parte de la razón del crecimiento de las iglesias evangélicas en América Latina se ha debido precisamente al hecho de que la labor se ha hecho desde la base de la población. Cristo mismo nos manda a seguir su ejemplo cuando nos dice, “Como el Padre me envió así también yo os envío” (Juan 20:21).

En la iglesia católica se usa el término *inculturación* para referirse a este modo de vida encarnacional. La *inculturación* es para el catolicismo el proceso que se define “como el esfuerzo de la Iglesia por hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado medio socio-cultural, llamándolo a crecer según todos sus valores propios, en cuanto son conciliables con el Evangelio” (Comisión Teológica Internacional, 1987). Según esta perspectiva, “el término *inculturación* incluye la idea de crecimiento, de enriquecimiento mutuo de las personas y de los

grupos, del hecho del encuentro del evangelio con un medio social... la introducción de esa misma cultura en la vida de la Iglesia” (Ibid). Este modelo encarnacional o de inculturación está en permanente interacción crítica con la realidad transculturadora. Resulta inevitable que tanto la sociedad a nuestro alrededor impacte de una u otra forma nuestra manera de pensar y de actuar. Pero en el modelo encarnacional, vamos de un modo consciente a la cultura no cristiana para transformarla creativamente en el nombre de Cristo, sabiendo que en dicha cultura también hay valores y reflejos de la gloria de Dios en este mundo.

Recomendaciones en el modelo encarnacional

En ese modelo encarnacional, debemos tener en cuenta algunas de las siguientes cosas:

1) Reconocer el pasado, pero actuar con las premisas del presente. Las verdades del evangelio y el mensaje que tenemos que compartir al mundo sigue siendo el mismo que se entregó a los creyentes en Cristo hace dos mil años. Los cristianos de cada generación debemos reconocer y honrar (cuando es algo que contribuyó al avance del evangelio), los esfuerzos, los métodos y las estrategias que usaron las iglesias para avanzar la proclamación del evangelio. El problema es que a menudo la tendencia que tenemos es a seguir usando las mismas fórmulas de trabajo que fueron exitosas en el pasado, pero que ya no lo son el día de hoy. Esto es solo un reflejo de la pereza y el conformismo creativo que Dios le da a sus hijos e hijas en cada nueva generación. El profesor Eddie Gibbs dice con razón, “Ninguna presentación del evangelio preenvasado y ningún servicio de adoración [...] preenvasado, constituirán las respuestas adecuadas para el desafío presentado por el postcristianismo, el neopaganismo y la generación postmoderna” (2002, 33). Por el contrario, es responsabilidad de los cristianos en cada generación buscar formas creativas, relevantes para que el mensaje llegue a la población de una manera que le resulte comprensible. El uso de las artes y de la tecnología ya es una mera opción

para la iglesia, sino que son herramientas necesarias para su trabajo evangelístico y misionero, sin olvidarnos de que son meras herramientas y que no pueden ser sustituto a la vida de entrega, de oración, de sacrificio y de dependencia del Espíritu Santo en todo.

2) Nuestro compromiso con Cristo no puede ser a medias. Hoy más que nunca antes la sociedad está expuesta por la televisión cristiana y ciertos libros cristianos a un evangelio que más parecen un recurso de autoayuda que el mensaje radical de Cristo que nos llama a una entrega y a una conversión a Él. El evangelio no es una opción más en el mercado de las religiones del mundo o de la espiritualidad moderna. Al contrario, el evangelio es y siempre será un asunto que confronta al ser humano con su realidad de vida o muerte. Sobre el tema de la conversión a Cristo, el Informe de Lausana mencionado anteriormente, indicaba que “existe siempre el peligro de hacerla algo trivial, como si no fuese más que un cambio superficial y para colmo una especie de autorreforma. Pero los autores del Nuevo Testamento escriben sobre ella como la expresión externa de una regeneración o nuevo nacimiento por el Espíritu de Dios, una recreación y una resurrección de la muerte espiritual... La conversión es parte integral de la gran renovación iniciada por Dios que alcanzará su climax triunfal cuando Cristo venga en su gloria” (Consulta de Willowbank, 196). Requerimos de iglesias que sean valientes para atreverse a ver el desafío que representa ministrar el evangelio en una cultura descreída y entretenida con la autocomplacencia y la satisfacción instantánea.

3) Una iglesia de vanguardia. Históricamente la iglesia siempre ha parecido ir a la retaguardia de la cultura. No fue así en la iglesia del primer siglo. Por el contrario, la gente en algunas partes del imperio romano decían, “Estos que trastornan el mundo también han llegado aquí” (Hechos 17:6). Esta comunidad de creyentes debe demostrar el poder del evangelio no por oponer a todo, sino por realizar una labor tan positiva a favor del mundo que produzca un

testimonio inapelable. Una sobrina mía que vive en Maryland participó este verano en un viaje a la India con CORD's (Chinmaya Organization for Rural Development), una organización que ayuda, entre otras, en áreas de salud, agricultura y capacitación de mujeres. Una de las líderes de CORD, una mujer de religión hindú, se dirigió al grupo y les dijo, “¿Por qué es que nosotros amamos a Cristo? Por su amor incondicional por toda la gente. Estamos en la presencia de alguien que se preocupaba tan poco por sí mismo, pero que a vez estaba tan consciente y lleno de amor por toda la humanidad”. Una entrega semejante es la que Dios espera de nosotros para ser agente de transformación en la cultura en medio de la cual Dios ha puesto.

Conclusión

En la tensión entre la cultura del reino de Dios y las culturas de nuestras sociedades — una tensión que no puede ni podrá resolverse en esta vida—, el cristiano es llamado a abrirse a la gracia de Dios y a vivir en contacto con dicha sociedad y a ser, como indicaba Cristo, luz del mundo y sal de la tierra: dos elementos que tienen la capacidad autónoma de transformar todo lo que tocan. Los cristianos somos llamados a mantenernos informados, curiosos, despiertos. A mantenernos sobre todo en diálogo con la Escritura y en oración ineludible con Dios, que es de donde procede toda la esencia de nuestra vida. Y esa devoción intensa con la oración y la Palabra debe provocarnos ir al mundo con una visión renovada a vivir el evangelio, a ser testigos de la fe y a compartir el mensaje de esperanza. Esa devoción a Dios que despierta nuestros sentidos, debe llevarnos a apreciar y participar de la experiencia social y cultural humana, a la vez que somos fermento y semillas del evangelio en un mundo que necesita un encuentro con Dios.

*Conferencia presentada en el Módulo 3: Misiones, evangelismo y discipulado.
Instituto Ministerial de Educación Continuada. Convención de Iglesias
Bautistas Hispanas. Quiet Cannon Hotel, Montebello, CA. 14 septiembre 2013*

Bibliografía

Comisión Teológica Internacional. “La fe y la inculturación”. Texto oficial latino en Commissio Theologica Internationalis, *Fides et Inculturatio:Gregorianum* 70 (1989) 625-646.
http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_1988_fede-inculturazione_sp.html

Consulta de Willowbank, *El evangelio y la cultura*, en Documentos Periódicos de Lausana, Arnoldo Canclini, traductor. Visión Mundial Internacional, 1978.

Gibbs, Eddie. *La iglesia del futuro*. Buenos Aires: Editorial Peniel, 2005.

Laporta, Josep. *El dilema del arte*. Terrasa, España: Clie, 1991.

Malinowski, Bronislaw. En “Introducción” de *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, de Fernando Ortíz. Madrid: Cátedra, 2002.

Suess, Pablo. “El Evangelio en las culturas: camino de vida y esperanza”. *Perspectiva Teologica* 25(1993)303-321, Belo Horizonte, Brasil. Traducción de «Selecciones de Teología», 133(ene-abr 1995)33-42, Barcelona. <http://www.servicioskoinonia.org/relat/129.htm>.

Lectura recomendada:

Niebuhr, Richard. *Cristo y la cultura*. Barcelona: Península, 1969. En inglés: *Christ and Culture*. New York: Harper & Row, 2001.